XXII

Continuacion del sitio de Querétaro. El coronel Lopez. — Rendicion de la plaza. — Maximiliano prisionero.

Los gefes del ejército imperial tenian una idea única, la de recojer dinero, mucho dinero, para poder aprovecharse de todas las eventualidades. Con este fin, no se detuvieron ante ningun medio que pudiera proporcionarselo. Nacionales y estrangeros fueron abandonados á las codicias de una soldatesca brutal y desesperada. Nadie escapó á los rigores de sus esacciones, ni los enfermos, ni los ancianos, ni las mujeres, ni los niños. Las casas fueron entregadas á un verdadero pillaje; los ciudadanos más honrables vieron á sus señoras é hijas insultadas, en su presencia; asistieron á la violacion de las partes más secretas de sus hogares domésticos, y todo esto se hizo en nombre de un príncipe que pretendia haber adoptado por lema: la Equidad en la Justicia.

Sólo me contentaré con citar algunos hechos, por que imposible me sería de decirlo todo.

A los súbditos españoles D. Luis Mutuvarria y D. Angel de la Peña, que actuaba de cónsul, les habian fracturado las puertas de sus depósitos, de donde se estrageron 8,000 fanegas de maíz, sin permitir á sus dueños que se reservasen la menor cantidad para su alimentacion. Despues, se los estuvo exigiendo dinero y efectos, prévio arresto, que sufrieron hasta entregarlos. Una casa de Peña fué destruida para utilizar las maderas, y la que le servia de habitacion fué cateada cinco veces y extraidos de ella cargamentos enteros de efectos, que como comerciante tenia en depósito. Ademas, se le obligó á entregar las llaves de una tienda que no le pertenecia, y de cuyas mercancias los imperiales se apoderaron y vendieron á vil precio. Las pérdidas de Mutuvarria

ascendieron á más de 51,000 pesos y las de Peña ne fueron ménos considerables.

A. D. Juan Llata, le impusieron esacciones por más de 6,000 pesos, que no pudo satisfacer, sino despues de haber sido espuesto durante 48 horas á las balas de los sitiadores, en una trinchera situada al pié del convento de la Cruz, y de haberlo encerrado en el estrecho tugurio de una escalera, sin permitirle comer ni beber, hasta que varios de sus amigos y su hijo, pudieron reunir aquella suma y entregarla. Esto no era bastante; apenas puesto en libertad, lo persiguieron con tal ahinco, que lo precisaron á esconderse por espacio de 25 dias, en el hueco de una sepultura.

Al Canónigo D. Pedro Ladron de Guevara, hombre respetable de 53 años de edad, lo tuvieron en prision 4 dias para obligarlo á entregar 100 pesos.

D. Guadalupe Barragan, de opinion liberal, esperimentó como padre, el martirio de que una de sus jóvenes hijas fuese aprehendida y encarcelada en un cuarto inmundo sin luz ni ventilacion, y sin permitirle alimento, hasta que el padre, que se hallaba oculto, temiendo los desafueros de los soldados, lo supo y pudo presentarse á pagar el dinero que se le pedia. Esto, no obstante, fué llevado á la trinchera, bajo la órden espresa de ser colocado en ella, de modo que las mismas balas de los sitiadores lo matasen.

La Sra Da Guadalupe Cosio de Valdés, viuda muy considerada por sus virtudes, hubo tambien de pagar su tributo á la barbárie. Despues de haberla quitado cerca de 5,000 pesos en dinero, la despojaron de 600 fanegas de maíz y algunas de trigo; y porque no podia ni debia delatar á sus hermanos y á un sobrino, que se habian escondido para librarse de esacciones que no podian satisfacer, se la arrancó del seno de su familia, y se la mantuvo siete dias en prison.

El súbdito español D. Joaquin de la Borbolla, que resistia al robo de los imperiales, fué aprisionado en dos ocasiones; una, en las caballerizas del convento de la Cruz, y otra en un cuartel.

D. Luis Saldívar, de 64 años de edad, imposibilitado de hacer los frecuentes pagos que se le asignaban, tambien estuvo preso más de una semana, y colocado por espacio de

24 horas en la trinchera mas avanzada que los sitiados tenian en la línea de S. Sebastian,

En la misma trinchera, y en posicion de recibir la muerte, se colocó á D. Santiago Carmona, honrado artesano, que no tenia la menor facilidad de adquirir los 90 pesos que se le

impusieron como subsidio.

Idénticas ó semejantes torturas á las de las víctimas anteriores, sufrieron D. Gregorio Juarez y D. Pedro Castera, quien, apremiado para que exhibiese 121 pesos que se exigian á un tio suyo, fué llevado á la trinchera de S. Francisquito, en la cual le obligaban á tomar un fusil para que batiese á sus correligionarios. Resistiéndose á esto, en la noche lo colocaron sobre el parapeto con una tea en la mano, llamando la atencion de los sitiadores, á quienes se provocaba para que descargasen sobre el desgraciado jóven.

Aprehendido por iguales causas, D. José Montfort, originario de Suiza, y mantenido en el punto más peligroso, cayó gravemente enfermo, circunstancia que no atenuó el rigor

de sus verdugos.

D. Benito Bustamente, de 60 años de edad, vió fracturadas las puertas de su hogar, en donde no hallando dinero, le robaron alhajas y ropa por valor de 2,000 pesos, despues de golpearlo rudamenta. Pocos momentos despues cayó enfermo de pulmonia, y en ese estado y por no poder entregar algun maíz que no tenia, le condujeron preso ante uno de los gefes, que mandó lo pasasen por las armas. En fuerza de las más sentidas súplicas, se le comutó la pena, enviándolo por 5 dias á que sirviese de blanco en un parapeto.

Nunca acabaria si quisiera contar uno despues de otro los tormentos que se impusieron á los víctimas cuyos nombres fueron recojidos despues de la caida del imperio, y unidos á los procesos instruidos contra los generales y gefes traducidos en esta época ante los consejos de guerra.

Por lo tanto voy à resumirme. Todos estos crimenes procedentes del pillaje, de la arrestacion sin motivos, del plagio, de la privacion de alimentos, de la exposicion de los pretendidos culpables en las trincheras más peligroras, se han cometido durante la permanencia de Maximiliano en Querétaro: ¿ qué digo? — en virtud de una ley que llevaba su firma, la del S. García Aguirre y la del general Castillo. Desde entonces, se hacia imposible que no tuviera conocimiento de ellos. Estos crímenes eran aun tan númerosos que igualan, si no los sobrepujan, todos los que se han cometido en el país entero, desde la proclamacion de la independencia.

En las listas que no quizé publicar enteras, á fin de no cansar á los lectores con la repeticion multiplicada de las mismas infamias, se hallan los nombres de diez señoras las cuales, sin piedad por su edad, su situacion y la delicadeza de su sexo, fueron todas tratadas con la misma brutalidad por los partidarios del hombre que sus aduladores han apellidado el Magnifico.

En fin, para dar una idea muy incompleta sin duda, de lo que los habitantes de Querétaro tuvieron que sufrir en sus personas é intereses, me bastará decir que, sobre 41 individuos cuyos nombres se hallan en mis manos, la cifra de los robos cometidos á su perjuicio con las circunstancias agravantes de las cuales hablé más arriba, asciende á la suma de 253,435 pesos.

Esta situacion duraba desde 70 dias y, en una ciudad enteramente sometida á la influencia del clero, amenazaba de eternizarse, cuando un acontecimiento imprevisto vino á acelerar el desenlace y poner un término al regimen im-

nerial

Quiero hablar de la captura de Maximiliano y de las circunstancias que la han causado. Esta cuestion es grave, muy grave, y no puedo resolverla ni en un sentido ni en otro. En efecto, se trata de saber si hubo traicion, ó si el ataque del 15 de Mayo fué meramente la consecuencia de un paso intentado por el mismo Maximiliano, en un momento de lasitud facil de compender y que tenia por motivo el abrirle un camino hácia el mar á fin de abandonar definitivamente al país. Busqué, mas en vano, indicios ciertos cerca de las personas que debian saber la verdad, no he aprendido nada fuera de lo que ya se ha dicho. No he hallado ni un solo documento que podria servirme de guia al traves de esta noche de la cual el tiempo podra solo disipar las tinieblas. No hay mas que rumores, presunciones, y estas últimas varian necesariamente en razon de los intereses y de la con-

ducta que siguió en el pasado la persona que se interroga.

Me contentaré pues con reproducir el histórico de esta
noche del 14 al 15 de Mayo de 1867, segun la version de
una persona que pudó por su posicion saber muchas cosas,
del S. D. Juan de Dios Arias, entónces agregado al estado
mayor del general Escobedo, y. ahora, gefe de oficina en el
ministerio de relaciones. La publicaré entera porque muy
pocos la conocen en Europa, y despues de haberla comparado con las relaciones publicadas sobre el mismo objeto
por los partidarios del imperio, cada uno podra, cuando

ménos, razonar su opinion. Hé aquí como se espresa:

« El archiduque habia pedido un parte sobre la situación á los generales Castillo, Mejía y Miramon. En este documento que le remitieron el 14 de Mayo en la mañana, los tres firmantes comenzaban por alabarze á sí mismos; despues acusaban al general Marquez de impericia y de traición y reconocian en fin que ya la plaza no podia defenderse más. Pero, en vez de aconsejar una capitulación honrosa de la cual la abdicación del príncipe debia ser la consecuencia natural; le inducian, por el contrario, á atacar á los liberales con 5,000 hombres que le quedaban, y, en caso de derrota, á evacuar la ciudad despues de haber inutilizado la artillería, á fin de continuar en campo razo la guerra de partidarios.

» El archiduque, engañado hasta entónces por las promesas mentirosas de sus ministros, generales y consejeros, se habia negado á partir en la esperanza de probar á la Europa que podia mantener el imperio, sin necesitar por eso del auxilio de un ejército francés. Este informe le abrió completamente los ojos. Reconoció, pero muy tarde, que se sacrificaba inutilmente por unos hombres comprometidos al primer grado por su conducta anterior, y que lo sacrificaban á él para poder salvarse tras de su nombre, pero que lo abandonarian infaliblemente cuando creyeran poder hacerlo fructuosamente. Esta descubierta fué por el un rayo de luz. Juzgó que haria bien de salvar su persona, abandonando á su suerte á estos tristes consejeros, y para entablar esta negociación enteramente de confianza, echó los ojos sobre uno de sus familiares, el coronel D. Miguel Lopez.

» Este coronel era mal visto de la mayor parte de los generales y de sus colegas que envidiaban su situación cerca del archiduque. Este pensó que este odio era un título á sus ojos. En consecuencia le confió la misión de irse cerca del general Escobedo para obtener de él la concesión de permitirle (á Maximiliano) la salida de la plaza

con un solo escuadron, bajo la promesa solemne de que este le serviria tan solo como escolta hasta llegar á un punto de la costa, donde poder embarcarse, y no volver jamás á la República.

» Esta intempestiva resolucion descubrió á Lopez, que ya sospechaba la situacion, todas sus sombrías proporciones; y como se concibe, presentó á su imaginacion el negro cuadro del desórden consiguiente à la fuga del príncipe; la desesperacion de un ejército desnudo, hambriento y abandonado en manos de enemigos intransigentes y los torrentes de sangre que debian derramarse inútilmente tras semejante evasion.

» La ferocidad atribuida por los monarquicos á los republicanos, presentaba á sus ojos la ciudad entragada en los primeros momentos á todos los horrores y violencias de un ejército sin disciplina, sediente de venganza, y creyó que habia llejado la última hora de Ouerétaro.

» En la noche del 14, Lopez, sirviéndose de un agente secreto, obtuvo del general Escobedo permiso de pasar à cumplir su delicada mision. Llegó en efecto á la tienda del general republicano, quien, habiendo desechado de algunos oficiales estrangeros las proposiciones que le hacian para entregarle la plaza, cuya toma no queria deberla á un acto de traicion (1), no pudo menos de sorprenderse y de interrogar á Lopez sobre la verdadera situacion de la plaza.

» Este agente de Maximiliano, que habia visto la desmoralizacion de la tropa sitiada; que sabia las defecciones y conatos de algunos gefes para entregarla, y que se hallaba instruido del descabellado proyecto de romper la línea con tan malos elementos, no pudo ménos de confesar la posicion angustiada de los imperiales; ¿ ni cómo podia ocultarla, cuando las proposiciones que llevaba él mismo, le habia ya descubierto al general Escobedo la verdad entera de cuanto pasaba en la ciudad?

» El general Escobedo tenia repetidas, espresas y terminantes órdenes de no hacer capitulacion alguna, pero ni la más leve concesion, pues el gobierno habia ya previsto el inevitable desenlace, y habia querido que allí sucumbiesen de una sola vez todos los cabecillas más temibles, todos los criminales que habian alterado constantemente la paz pública.

» Escobedo, que se habia hecho tipo de subordinacion militar,

(4) Entre las cartas de que se trata, habia una de un antiguo sargento francés llamado Mathis de Dalmstadt. Este Mathis pretendia que Maximiliano les habia engañados, y pedia al general Escobedo pasar en sus líneas con 30 hombres, todos franceses, para obtener despues el favor de poder volver á Francia.

cumplió su severa consigna, negándose absolutamente á obsequiar el deseo de Maximiliano. Entónces Lopez, que no habia pedido garantías para sí mismo ni las pidió despues, se afanó hasta la terquedad, hasta la angustia, para que Escobedo ofreciera siquiera una garantía vaga en favor de Maximiliano, que habia librado en él su confianza. Figurándose á sus compañeros de armas espantados con la desaparicion del gefe imperial, y sacrificándose ya estérilmente sin guia y sin bandera, se esforzaba en persuadir á Escobedo para que aceptase un partido, en obvio de nuevas desgracias. Decidide el Archiduque á no combatir más, la resistencia tenia que ser débil y la agresion de los imperiales infructuosa.

» Lopez creyó, y con razon, que una sola gota de sangre que se derramase, estaba por demas; y tal creencia estaba muy léjos de infundirle aliento ni valor. Escobedo lo habia negado todo, porque no le era permitido conceder nada, y Lopez, combatido por mil encontrados sentimientos y con la lasitud de quien pierde una última esperanza, volvió cerca de Maximiliano con la terrible negativa.

» Nadie ha sabido lo que al recibirla pasó en el espíritu del príncipe, que la oyó con aparente calma y no dió señales de actividad. Quizá esperaba una hora más oportuna, peró no manifestó empeño en organizar nada nuevo, ni en la ejecucion del plan de sus generales.

» Por su parte el general Escobedo, desde que acabó la entrevista con Lopez, entró en la mayor actividad; preveia que Maximiliano quisiese intentar su evasion, y que para intentarla debia librar un nuevo ataque, que desde luego creyó necesario desconcertar, tomando la iniciativa.

» El momento no podia ser más favorable. La cansada tropa de Maximiliano, estenuada por la incesante fatiga; por el desvelo y por el hambre, debia, para prepararse á la salida, estar tomando algun descanso; y bien persuadida ya de que los sitiadores se limitaban á reducir la plaza por el agotamiento de víveres, no temeria un verdadero asalto. Por otra parte, Lopez, el mismo agente de Maximiliano, que mandaba la posicion del convento de la Cruz, tenia en su corazon el desengaño, y por mucho que se esforzara para resistir, no podia menos de estar desalentado con la resolucion del príncipe, que sin tentar una capitulacion,—imposible, esto era cierto, pero no se dubaba de ello en el momento en que habia enviado á su emisario cerca de Escobedo,—ú otro medio honroso, como era él de romper la línea del sitio, habia pensado tan solo á su salvacion personal, sin cuidarse de la suerte que pudieran correr todos aquellos que le habian defendido con tanto valor y abnegacion.

» Ademas, como la guarnicion de la Cruz tenia que ser débil por

hallarse disminuida la fuerza del enemigo y estar diseminada en la estensa línea en que hacia su defensa, bastaba un esfuerzo para verificar un asalto, sin que costase trabajo reconocer la actitud de los sitiados por aquel rumbo, en razon de que las fuerzas republicanas podian observarla en algunos puntos, á la cortísima distancia de diez ó doce metros, pues que solo mediaria entre unos y otros el ancho de una calle.

» Serían las once de la misma noche del 14, cuando el general Escobedo tenia ya dictadas todas sus disposiciones para apoderarse del convento de la Cruz, y para que todo el ejército diese en la madrugada un asalto general.

» Al C. general Francisco A. Velez, cuyas dotes militares, así como su patriotismo y los buenos servicios que había prestado á la causa de la República, lo habian hecho acreedor á la general estima de sus compañeros de armas, fué á quien se le encomendó la delicada empresa de la toma de la Cruz, para cuyo fin se pusieron á sus órdenes, los distinguidos Batallones « Supremos Poderes » y « Nuevo-Leon. » Velez organizó su fuerza, y la situó de modo que ne fuese sentida por el enemigo, y como los accidentes del terreno, los materiales y los escombros, no ofrecian á la tropa en la oscuridad de la noche un camino conocido para adelantarse al asalto, el mismo Velez seguido del general Feliciano Chevarria, de los jóvenes coroneles José Rincon y Agustin Lozano, de otros dos ó tres gefes más. dispuso avanzar con el mayor sigilo en busca de un camino practicable. En silencioso paso pudieron llegar sin obstáculo hasta una tronera inútil, en que un cansado centinela fué sorprendido, sin que puediera evitarlo.

» El incidente no podia ser más oportuno y favorable: Velez hizo avanzar al teniente coronel Margain y al coronel Llepes con sus batallones, y al comandante general de artillería Francisco Paz, para cubrir la huerta del convento que casí estaba ya en su poder. Miéntras se aproximaban, se adelantó Velez con sus compañeros, practicando el reconocimiento de la huerta con la misma precaucion y sigilo.

» El coronel Lopez que la vigilaba, reconociéndola, se halló repentinamente con el grupo de estos gefes, que en el acto lo amenazaron de muerte si hacia el menor movimiento. Velez con la pistola preparada y apuntándole á la cabeza, obligó al sorprendido coronel á que les condujese por camino seguro al interior del convento. La cuestion era de momentos : toda resistencia se hacia inútil, y Lopez atormentado con la idea de que Maximiliano iba á caer prisionero, parece que quizo ceder á cuanto se le exigia, con el exclusivo objeto de darse alguna traza para avisar á Maximiliano del inminente peligro en que se hallaba.